ejercía el cargo de campanero y sacristán.

Mientras hace esta breve descripción de sus actividades, me muestra unas fotografías en las que figura como apuesto mozalbete vistiendo las galas de monaguillo.

— Y entrando en cosas del oficio, ¿quiere documentarme sobre el nombre y misiones respectivas de las actuales campanas?.

— La mayor — me dice — se llama «Pere» y es la que toca las horas, la que da los cuartos es la «Roser». «Cristo Rey» es la que voltea y las que repican, la «Roser» y la «Pilar».

— Y hablando de repiques, ¿cuál es el que con mayor agrado ha realizado?

— Siempre repico a gusto, aunque en algunos de ellos he puesto toda mi alma. En mi memoria permanecerán siempre los que anunciaron la llegada del oficio con el nombramiento de Párroco Arcipreste para Mosén Xutglá y su toma de posesión del dignísimo cargo conferido.

— Que hechos recuerda entre los más importantes acaecidos en la Parroquia?

— Son muchos, pero entre ellos, uno desgraciadamente no se borrará jamás de mi pensamiento; parece que viva aún la dolorosa impresión que me causó ver envuelta en llamas esta Casa de Dios que tantos recuerdos de mi vida encierra.

— Bueno «Manel» ¿Alguna anécdota que contar?

— Lo que más me gusta es un verso que escribió para mí Mosén Rosendo Fortunet.

Me recita el verso y yo entresaco algunos fragmentos que claramente retratan la vida real del campanero-sacristán:

«Mes tan si ho miren per riure
Com si ho prenen amb serietat
Dels oficis que hi ha per viure
Es l'ofici més pesat

Manel, que a les deu ofici,
Manel, que hi ha un combregar,
Manel, Manel, amb desfici
Em criden d'ací i d'allà.

Ara un bateig, un enterro,
Un casament matinal
I al vespre agafa el fil-ferro
Per tocá oració mental.

I al matí, un fret que glaça
I a voltes uns grans ruixats
Mentres vostè fan vidassa
Estant al llit estirats.»

Y satisfechas de haber podido ofrecer al buen «Manel» una muestra de nuestro reconocimiento, me despido de él, dejándole tan sonriente y tan «juncá» como su apellido.

Don Melito.

UNIVERSIDAD

El amor se aleja de las aulas

Por EUGENIO LLOPART COLL

La noche del estreno del «Nocturno» de Suárez de Deza, el público aplaudió respetuosamente, sin entusiasmo. Luego, salí despacio para oir los comentarios que se cruzaran a mi espalda. Se notaba que muchos de los espectadores se sentían lejanos al drama romántico de Armando y Elena y no comprendían apenas la razón del autor al escribir su obra.

Nos resulta muy difícil creer en la existencia de personas fascinadas por la poesía de Bécquer o por la música de Chopin, como los personajes de la leyenda del «Nocturno»; una obra que hubiera arrebatado al público del Teatro del Príncipe con igual fuerza que lo hizo García Gutferrez con «El Trovador», iniciando la costumbre de salir los autores a recibir el aplauso del público.

Pero ahora ya nos hemos reído demasiadas veces, al encontrar en las páginas de un viejo libro desempolvado, la trama de una novela de amores imposibles, de vidas enteras gastadas saboreando el recuerdo de una mirada, de unas palabras, de una flor dada en ofrenda.

Todo ello nos queda lejano e inalcanzable. Es como si en el mundo no hubiese existido nunca. Una de las pocas verdades evidentes del momento es la desvalorización del amor. El amor se ha hecho fuego e intercambio monetario y el ensueño se ha estrujado en nuestras manos.

Esto se nota especialmente en los universitarios de hoy, lanzados a la ola de la vida antes de tiempo, que saben del paso de diez años de guerra, de muerte. Son como decía el Padre Llanos «unos niños de cuarenta años»

Les hemos podido ver todos los días, hacia el mediodía, con su mirada perdida, indiferente, por el Paseo de Gracia, por la Diagonal, deambulando sin objeto bajo el tibio sol invernal.

Ellos y ellas, juntos o separados, transparentando una misma cosa; aburrimiento, sin la alegría del empezar y con la monótona calma del que ignora a donde piensa ir.

Son mucho diez años de guerra, diez años de estrecheces, de miedo, de juego con los grandes valores para no crear una generación sin fé en nada de lo mucho que les contaron que el mundo les iba a dar

Ha huido el amor de todos ellos. Y si alguna vez acude no queda otro remedio que obligarle a morir. Ellas, especialmente las universitarias, saben muy bien lo mucho que él promete, lo poco que puede dar. Conocen el justo valor de un título de licenciado y que precisamente con el título en la mano es cuando se puede empezar a esperar que no siempre se sale de una mediocridad Por esto aunque se aprovechen, saben el sacrificio del muchacho, apesar del gesto señorial al pagar la consumición del bar o la entrada del cine.

Pero sueñan con príncipes de leyenda Estos príncipes no llegarán nunca, porque no han podido saltar del celuloide a la realidad. Cuando se den cuenta será tarde. Habrán esperado en vano. Su tez estará marchita y la piel de sus manos arrugada. Van envejeciendo sin haberse atrevido a lanzarse a la incierta aventura del amor, en la que tan fácilmente pueden zozobrar.

En cambio, ellos notan el vacío mucho antes. Son mayores y todavía se arrastran por el claustro húmedo y pegajoso, del que conocen incluso los pequeños relieves de la pintura. Tienen casi un cuarto de siglo de vida y aún desconocen como van a vivir, agazapados en las cantidades entregadas por los padres o en el estipendio de una clase particular.

Son mayores y sienten un gran vacío en el alma. El vacío se trueca de tarde en tarde, en ilusión por la fiesta, por la chica «plan» con la que se puede salir unas tardes para caer en un vacío mayor, capaz de rellenarse con el espantajo de una nueva ilusión.

Pero cada vez crece la amargura y se forma un depósito de hiel en lo más hondo del alma. Luego van pasando los años. Pesadamente se llega a la meta. No han tenido nadie que pagase, con una mirada acariciadora, su esfuerzo para triunfar en la vida. Nadie ha colocado una mano cálida sobre sus cabellos en gesto apaciguador para que se haya convertido en reposo para sus ojos gastados en los duros afanes del día.

Han pasado los años y, en el mejor de los casos, han logrado triunfar. Vuelven a su paseo por las grandes avenidas como antaño Las chicas que un día conocieron les espantan, con el egoismo que el tiempo les ha acumulado.

Tampoco se atreven a acercarse a las adolescentes de hoy temerosos de asustarlas con su vejez. Y si se aproximan lo hacen de puntillas, para terminar doloridos por el desprecio con que miran su desconocimiento del momento de vivir, porqué ya no pueden, como soñaron, hacer retroceder diez años el reloj de su vida.

(pasa a la pag. 9)